

A black and white portrait of a man in a military uniform, looking slightly to the left. He has short, dark hair and a serious expression. The uniform is light-colored with dark epaulettes and a dark tie. There are several medals and insignia on his chest, including a triangular pennant on the left and a crossed-sabers insignia on the right. The background is a plain, light color.

Ovidio Gondi

Tacho Somoza, el viejo



El Banco de la Nación lanzó una emisión de billetes de un córdoba, que llevaba estampada la efigie de Lillian Somoza Debayle, que inmediatamente sirvieron de chufia contra el régimen. Era frecuente oír en el mercado preguntas como ésta: ¿Cuántos lillians vale este cerdo? (Facsimil de un córdoba, con la efigie de la hija del dictador).

I

«Somoza era un temible guerrillero y al mismo tiempo un bandido y sanguinario. Su nombre causaba espanto, no sólo en Nicaragua, sino en todos los Estados centroamericanos. La devastación era su debilidad y el pillaje su divisa. El bandido terminó en el patíbulo a las ocho de la mañana del 17 de julio de 1849. El cadáver de Somoza fue colgado de un poste en una de las calles principales de la ciudad, en donde permaneció expuesto por tres días, hasta que alguien le proporcionó una humilde y cristiana sepultura».

Esta nota fue escrita por un cronista nicaragüense el mismo año de la ejecución. Casi un siglo después, el nieto de aquel bandolero se convertía en el personaje más importante de Nicaragua y los hechos de su vida política hicieron que el pueblo le recordara, por medio de la literatura clandestina y el rumor, la ascendencia patibularia de su abuelo, Bernabé Somoza **Siete Pañuelos**. (Dice la leyenda que para la comisión de sus fechorías Bernabé Somoza se cubría la cara con un pañuelo, diferente cada uno de los días de la semana).

Nicaragua ha sido —y lo sigue siendo— un país desventurado. Sus 148.000 kilómetros cuadrados de superficie ocupan un lugar estratégico en Centroamérica. El proyecto de un canal interoceánico y los grandes intereses mineros hicieron al país víctima de repetidas **intervenciones armadas de los fusileros norteamericanos**, en el transcurso de la segunda y tercera décadas del siglo. El millón y medio de

nicaragüenses, a fines de los años cuarenta, habían tenido escasas oportunidades de expresar libremente su voluntad para escoger gobernantes.

En 1936 Anastasio Somoza García, el nieto de **Siete Pañuelos**, tomó por asalto el poder. Su tiranía duró diez años, al cabo de los cuales los nicaragüenses daban muestras de desaliento ante la perspectiva política que se les ofrecía. Los líderes de la oposición seguían siendo dos ancianos ex presidentes que pertenecían al Partido Conservador, Adolfo Díaz y el general Emiliano Chamorro, que en la segunda década y tercera década del siglo se alternaron en el poder bajo la protección de los Estados Unidos.

Cuando Somoza decidió no reelegirse en las elecciones de febrero de 1947, los dos partidos rivales se aprestaron a la campaña política. Por decenios, liberales y conservadores habían regido los destinos de Nicaragua, pero ahora se hallaban divididos. El conservador contaba con dos fracciones, la que permanecía adicta al general Chamorro y la que aceptó colaborar, en años anteriores, con la dictadura. Por su parte, el Partido Liberal también se había escindido entre los que apoyaban a Somoza y aquellos que no lo consideraban representativo del liberalismo tradicional. Liberales, disidentes y conservadores ortodoxos, los de Chamorro y Díaz, apoyaron la candidatura de Enoc Aguado, liberal enemigo de Somoza, y liberales somocistas y conservadores disidentes se inclinaron por el candidato oficial del presidente, el fiel y pacífico don Leonardo Ar-

güello, otro anciano de 73 años de edad, médico dedicado a la política, con aficiones literarias.

No era fácil que Somoza se resignara a perder el control de la gobernación del país. En diez años de dictadura se convenció a sí mismo de que Nicaragua era una gran hacienda de su propiedad y los nicaragüenses peones a sus órdenes. A mediados de 1944, Anastasio Somoza, el nieto de **Siete Pañuelos**, tenía 48 casas - habitación, 51 haciendas de ganado, 46



Cuando le dijeron a Roosevelt sus amigos que Somoza era un hijo de puta, Roosevelt contestó cínicamente: «Si, ya lo sé, pero es nuestro hijo de puta». (En la fotografía, el Presidente de los Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt).

haciendas cafetaleras, 18 campos de forraje, ocho campos azucareros con sus respectivos ingenios, 76 terrenos urbanos baldíos, 16 empresas rurales y 13 industriales. Era el accionista principal de la Cervecería Nacional y estaba asociado con Mauricio Robelo, concesionario exclusivo de la emisión de timbres fiscales y de las estampillas de correos. De los diez millones de córdobas que anualmente producían las minas de oro de Las Segovias, el 15 por 100 pertenecía a Somoza.

II

Durante la II Guerra Mundial, el general obtuvo considerables ganancias vendiendo provisiones a los norteamericanos que se hallaban de guarnición en la zona del Canal de

Panamá. Diariamente salían de sus haciendas aviones cargados de *leche destinada* a la intendencia yanqui. En 1943 Somoza, al mismo tiempo que incorporaba la Carta del Atlántico a la Constitución del país, dispuso la venta de un millón de gallinas a la zona del Canal. Cuando se hallaban listas para el embarque, el jefe del puerto recibió un telegrama del presidente, que decía así: «*Sírvase no despachar las gallinas hasta que hayan puesto huevo*».

Toda la gasolina y medios de transporte que empleaba Somoza en sus empresas privadas pertenecían a la Guardia Nacional, y los peones, en buena parte, eran pagados con fondos del Presupuesto General de Gastos, haciendo figurar a sus obreros como miembros de la Guardia. Somoza tenía una hacienda ganadera en Costa Rica, tres casas de departamentos en Miami (Florida), una casa en San José de Costa Rica, arrendada a la legación de Nicaragua; una quinta en el Canadá y varias cuentas en distintos bancos del continente americano, principalmente en los Estados Unidos.

El sueldo de Somoza, como presidente, era de 3.000 córdobas mensuales, más 100.000 al año por gastos de la casa privada. Recibía 900 al mes como jefe de la Guardia Nacional y 800 que le entregaban los Ferrocarriles Nacionales por presidir las reuniones de directores. Las compañías mineras extranjeras le pagaban 3.000 dólares mensuales por autorizar la salida de mineral de oro. Todo el presupuesto de Nicaragua llegaba entonces a 6.000.000 de dólares. Un maestro de escuela ganaba el equivalente de seis dólares al mes y un peón 30 centavos de córdoba al día.

El dictador fue en otro tiempo secretario privado de José María Moncada, que murió a los 72 años de edad (1944), siendo ministro de Gobernación. Estuvo en contra de la intervención norteamericana hasta que en 1927 firmó un compromiso con Henry Lewis Stimpson, por el cual Moncada se comprometía, siendo ministro de la Guerra del Gobierno opuesto al que apoyaban los norteamericanos, a entregar fusiles del Ejército Constitucionalista al precio de diez dólares pieza, y ametralladoras a cien. Además, Stimpson le había prometido que sucedería a Díaz en el mandato presidencial.

José María Moncada, ex presidente, que fue uno de los más seguros servidores de la administración de Somoza, solía hacer chistes a costa suya, unas veces en su presencia y otras a su espalda. A él se atribuye esta frase: «*Cuando fui presidente decían que yo era un ladrón; cuando lo fue Sacasa dijeron que yo había sido*

un ratero; ahora que lo es Tacho dicen que yo fui un hombre honrado».

Somoza escogía los hombres de su equipo ministerial en forma caprichosa. Bastaba con que fueran sus amigos personales o que le cayeran en gracia. Y por razones parecidas, en sentido contrario, los destituía. A fines de 1943, un ingeniero norteamericano que dirigía las obras del tramo nicaragüense de la carretera Panamericana, aconsejó a Antonio Flores Vega, ministro de Fomento, la necesidad de elevar en 20 centavos de córdoba el salario de los obreros. Flores Vega pidió a Somoza que autorizara un aumento de diez centavos y el dictador lo destituyó fulminantemente, acusándole de sabotear una obra de defensa continental.

En otra ocasión, cuando presenciaba una fiesta charra, se dirigió a un joven que tenía a su lado y del cual sólo sabía que tenía aficiones literarias y que era miembro de una de las familias más importantes de Managua: «Si montas ese torete te hago subsecretario de Educación». El joven, Mariano Fiallos, montó el animal y al día siguiente recibió el nombramiento.

A Somoza le encantaba la populachería y se hacía ver en las reuniones públicas luciendo vistosos uniformes, generalmente blancos, y brillantes zapatos de tafilete rojo. Le gustaban los encierros de toros y las peleas de gallos. Al



Anastasio Somoza Debayle, con uniforme de Jefe de la Guardia Nacional (creada por los EE.UU.).

comienzo de su administración hacía largas giras por el país, aprovechando hasta el último kilómetro de los 923 con que cuentan los ferrocarriles nacionales. Hacía los viajes en tren especial, en el que no faltaba detalle de lujo y comodidad, llevando siempre a la cola un furgón con la banda de música. Sus uniformes, siempre recargados de condecoraciones, hizo que Moncada le dijera en cierta ocasión: «Tacho, pareces un árbol de Navidad».

III

El día más feliz de la vida de Somoza fue el 1.º de febrero de 1943. No porque aquel día cumpliera 47 años de edad, sino porque su hija Lillian contrajo matrimonio con Guillermo Sevilla Sacasa, sobrino del presidente que Somoza destituyó en 1936, pariente de su propia esposa e hijo del ministro de Hacienda en el gabinete de aquella época.

Los nicaragüenses recordaron el espectáculo durante muchos años, del mismo modo que recordaban, porque se lo oyeron contar a sus abuelos, la muerte que llevó Bernabé Somoza hacia 98 años. Ya en la época en que Lillian estudiaba en el Gunston Hall, de Washington, la hija del presidente fue festejada como tributo a su singular belleza. Los miembros de la Guardia Nacional la nombraron Reina del Ejército y le regalaron una corona y cetro de oro y piedras preciosas, valorados en 100.000 córdobas. El arzobispo de Managua colocó sobre las sienes de Lillian el regio tributo. El día de la coronación se declaró fiesta nacional y Lillian recorrió las calles de Managua a bordo de una carroza, a la que hacían guardia de honor los oficiales de las fuerzas armadas, vestidos a la usanza romana. Los gastos de la fiesta ascendieron a 200.000 córdobas, deducidos centavo a centavo de los sueldos de los componentes de la Guardia Nacional, desde el soldado raso hasta el general de brigada.

Meses antes del 1.º de febrero se hicieron ya los preparativos matrimoniales. El Banco de la Nación lanzó una emisión de billetes de un córdoba, que llevaban estampada la efigie de Lillian Somoza Debayle, que inmediatamente sirvieron de chufra contra el régimen. Era frecuente oír en el mercado preguntas como ésta: «¿Cuántos lillian vale este cerdo?»

Quince personas se trasladaron a México con el objeto de comprar regalos para la novia. Veintiséis juegos de plata competían entre sí, provenientes de distintos lugares del continente. El presidente de Costa Rica, Rafael Calderón Guardia, apadrinó a los novios y les hizo regalos por valor de 6.000 dólares. Los directores de las compañías mineras La Bo-



El día más feliz de la vida de Somoza fue el 1.º de febrero de 1943, porque su hija Lillian contrajo matrimonio con Guillermo Sevilla Sacasa, sobrino del Presidente que Somoza destituyó en 1936, pariente de su propia esposa e hijo del ministro de Hacienda en el gabinete de aquella época. (En la foto, Sevilla Sacasa, abrazado por Somoza Debayle, hijo del viejo Tacho Somoza; los acompaña el entonces Presidente Lorenzo Guerrero).

nanza y El Jabali enviaron presentes por valor de 4.600 y 3.000 dólares. El anillo matrimonial se valuó en 10.000 dólares. El valor total de los regalos dicen que ascendió a medio millón de córdobas.

El día de la ceremonia llegaron aviones de México y Guatemala cargados de flores, con las que se confeccionó una alfombra que se extendía desde el Palacio Presidencial hasta la Catedral, donde el arzobispo habría de casar a los novios; medio kilómetro cubierto de gardenias, rosas y claveles, sobre un fondo de seda. Las bandas de música recorrieron las calles y el presidente inauguró seis manzanas pavimentadas del Bulevar Somoza y del Jardín Lillian.

Terminada la ceremonia, el novio recibió de manos de su suegro el nombramiento de ministro en Washington, sustituyendo al doctor León Debayle, uno de los muchos cuñados del presidente que ocupaban puestos clave en el Gobierno.

Un año después (1944), Tacho Somoza García recibió con alborozo la noticia de que era abuelo. En el mes de junio, cuando el niño Guillermito Sevilla Somoza cumplió tres meses de edad, el presidente extendió un decreto nombrándolo capitán de la Guardia Nacional,

con disfrute de sueldo. Para hacer efectivo el nombramiento Somoza dispuso una recepción en Palacio, en la que el niño recibió otros honores, como el de «mascota de las reservas del Ejército Nacional», al mismo tiempo que se le impuso la Medalla de Oro y se le hizo entrega —en manos de mamá— de las alas de aviación, con despacho y diploma.

IV

Cuando se anunciaron las elecciones de febrero de 1947, para elegir presidente, Chamorro y Díaz se trasladaron a Washington para entrevistarse con Spruille Braden, en el Departamento de Estado. Los dos ancianos recordaron los tiempos de William Howard Taft y pidieron que Washington prestara a las elecciones nicaragüenses «una vigilancia paternal».

Si se hablaba en Nicaragua del posible retorno de los conservadores al poder —Chamorro o Díaz—, los nicaragüenses se revolvían airados para exclamar: «¡Que siga Somoza!», a pesar de que era notorio que detestaban al nieto de **Siete Pañuelos**. El abuelo Bernabé incendiaba las fincas de café y saqueaba las haciendas. El nieto, Anastasio, prefería apropiarse de ellas y hacer que rindieran pingües beneficios. En la

época de la intervención, la aviación norteamericana destruía las pacíficas aldeas que no se sometían a los gobiernos de Chamorro o Díaz. El pueblo no lo olvidaba, pero tampoco olvidaba que fue Somoza quien ordenó y dirigió el asesinato de Augusto César Sandino, el legendario héroe de la independencia, siempre frustrada, de Nicaragua.

Desaparecido Sandino de la escena política (1934), el resto fue sencillo para Somoza. En 1936 depuso a su tío, Juan Bautista Sacasa, y al año siguiente un presidente provisional le traspasó los poderes. En 1940 Somoza promulgó una nueva constitución con las reformas adecuadas que le permitieran continuar en el poder.

Somoza tenía gran simpatía por los Estados Unidos. El dictador había nacido en San Marcos, departamento de Carazo, el 1.º de febrero de 1896. Su familia poseía una modesta finca cafetalera, y haciendo grandes sacrificios envió a Anastasio a estudiar al Commercial College de Filadelfia, donde se hizo perito mercantil. Cuando regresó a Nicaragua ocupó varios cargos políticos y administrativos de escasa importancia. El cargo que le puso en el camino de

la influencia fue el de intérprete de las autoridades norteamericanas de ocupación. Conocía a los altos jefes y no le fue difícil convertirse en jefe auxiliar de la Guardia Nacional (1932) y jefe supremo un año más tarde.

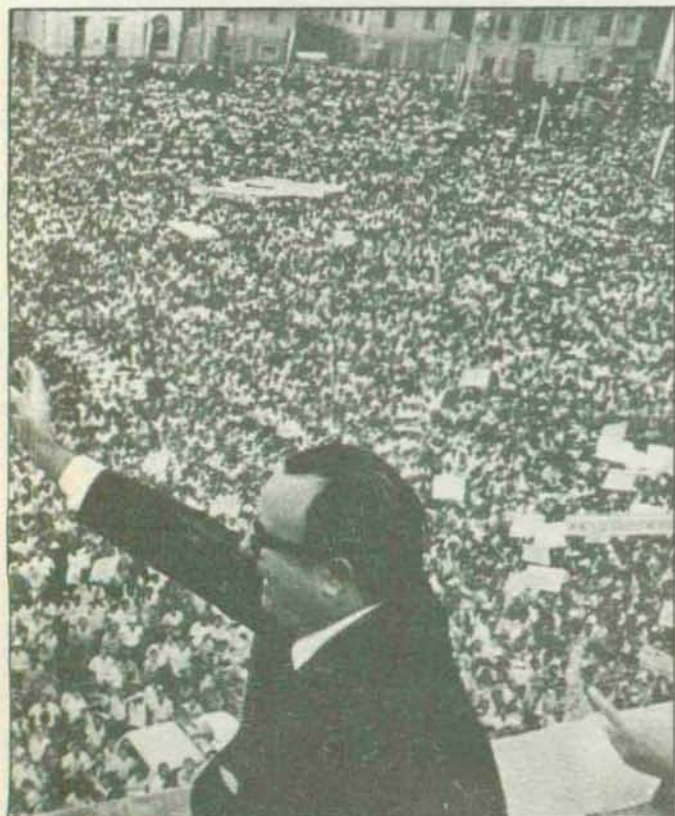
La oposición conservadora y la dictadura de Somoza padecía el mal de su propio origen: Díaz y Chamorro. Entre los años de 1909 y 1912, los Estados Unidos habían tomado parte activa en la deposición o nombramiento de varios presidentes. Era la época del **Big Stick**. Los mandatarios se sucedieron hasta que los norteamericanos encontraron uno a su gusto. Este presidente fue Adolfo Díaz, elegido en 1912. Había nacido el 15 de julio de 1875, hijo de padre nicaragüense y madre costarricense. Díaz era un modesto empleado de La Luz y Los Angeles Mining Company, en Bluefields, concesión minera dedicada a la obtención de oro. Santos Zelaya había cometido la indiscreción de intentar cancelar la concesión de La Luz y Los Angeles, de la que era uno de los principales accionistas Philander Knox, ex secretario de Estado estadounidense. Uno de los sobrinos de Knox era jefe de Díaz en Bluefields. En 1909 estalló la revolución que acabó con



Anastasio Somoza Debayle, hijo y sucesor del dictador Tacho Somoza, cuando era Jefe de la Guardia Nacional de Nicaragua, en compañía del embajador nicaragüense en El Salvador, Ernesto Matamoros.

Zelaya. El general Estrada encabezó el movimiento, secundado por Chamorro. Díaz, cuyo sueldo semanal era de 25 dólares, entregó un cheque, según decían los liberales, de 200.000 dólares, al que siguió otro de 400.000. El presidente Juan J. Estrada, que dimitió poco después de triunfar la revolución, al negarse a admitir ciertas exigencias del embajador norteamericano, aseguró en Nueva York, sin que nadie lo desmintiera, que los intereses mineros de la costa oriental de Nicaragua habían contribuido a la revuelta con un millón de dólares.

El primer paso que dio Adolfo Díaz, una vez en la poltrona presidencial, fue acordar la cesión de una zona a los Estados Unidos para construir el Canal de Nicaragua, por la cantidad de tres millones de dólares. El pacto llevaba el nombre de Bryand-Chamorro, correspondiendo el segundo de estos nombres a Emiliano Chamorro, al que Díaz había hecho ministro en Washington. El pacto tenía que llevar la aprobación de los Congresos de ambos países. La agitación popular en Managua era tan grande que el día que se reunieron los representantes, los fusileros de la marina norteamericana tuvieron que rodear el edificio del Congreso, para evitar que lo asaltaran.



FILOSOFIA SOCIAL DEL GOBIERNO DEL
GENERAL ANASTASIO SOMOZA
PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE NICARAGUA

En el interior de este boletín propagandístico del dictador «Tachito» Somoza, sucesor del «Viejo» Somoza, se puede leer: «No osento mi dinero como símbolo de poder, sino como símbolo de fuente de trabajo para los nicaragüenses».

El documento fue leído en su original inglés y ninguno de los representantes conocía este idioma, lo que no fue obstáculo para su aprobación. Curiosamente, algún tiempo después, el pacto fue rechazado por el Congreso de los Estados Unidos, por considerarlo lesivo a los intereses del país centroamericano.

Emiliano Chamorro, la figura de mayor personalidad en aquella época, difería de Adolfo Díaz en todo. Este último tenía poco ascendiente popular, mientras que Chamorro se convirtió en héroe nacional en la lucha contra la dictadura de Zelaya. En realidad, a Díaz, pasados algunos años en el poder, no le agradaba ser presidente y aceptaba el cargo cuando los norteamericanos se lo pedían, como si se tratara de la administración de una de las minas de Bluefields. En los años que siguieron a su aparición en la política, hubiera preferido retirarse a su finca cafetalera y no volver a oír hablar de política.

Chamorro, por el contrario, tenía pasión por la lucha, y cuando se retiraba por algún tiempo a su rancho, lo hacía con el propósito de fraguar alguna conspiración. Díaz amaba la tranquilidad, Chamorro la acción. Cuando se hablaba en Nicaragua de «El General», todo el mundo sabía que se referían a Chamorro, pese a que por aquel entonces abundaban los generales en el país. Díaz, criollo, tenía como orgullo la pureza de su sangre española. Chamorro se sentía fieramente ufano de su mestizaje. Su padre perteneció a una de las familias españolas más importantes de Nicaragua. Su madre, humilde indígena, había prestado servicios domésticos en la casa de los Chamorro. El general sentía devoción por su madre, y cuando se convirtió en presidente la llevó a su lado, en el Palacio Presidencial de Managua. Todo esto contribuía a aumentar su popularidad.

Chamorro fue elegido presidente en 1916. Cuando abandonó el poder (1920) hizo elegir a su tío, Diego Manuel Chamorro, cuyo gabinete fue uno de los casos de nepotismo más pintorescos que puede registrar la historia de cualquier país. Los Chamorro se multiplicaron de tal modo que, a un mismo tiempo, había un ministro del Interior (Rosendo), otro ministro en Washington (el propio Emiliano), otro en la presidencia del Congreso (Salvador), otro en el Consejo del Departamento del Tesoro (Agustín). El jefe de la policía de Managua era Filadelfo Chamorro y el de la fortaleza militar de la misma plaza Bolaños Chamorro. También eran Chamorro el director de Rentas Públicas (Dionisio), el jefe del Ejército de la Zona Norte (Carlos), el cónsul en San Francisco (Fernando), el cónsul en Nueva Orleans (otro Agustín) y el cónsul en Londres (Pedro). Doce persona-

jes que llevaban el mismo apellido, sin contar las docenas de parientes que no lo tenían y que ocupaban puestos importantes en la administración.

V

Somoza, que siempre quiso dar a su dictadura un tinte constitucional, planteó a sus amigos y enemigos del Partido Liberal (1944) la posibilidad de reelegirse en 1947. Logró nuevas reformas constitucionales que abrían la puerta a estos deseos. Un día dijo a los líderes que se le oponían que no pensaba abandonar el poder y que para ello contaba con el apoyo de las «cañas huecas», como él gustaba llamar a los fusiles. Cuando explicó las razones para la reelección les hacía ver la dificultad de encontrar un sucesor digno de él, y les preguntaba: «¿A quién van a elegir ustedes?». Mencionaba algunos nombres que los reunidos rechazaban como inaceptables, y entonces Somoza, con sorna, los ojillos brillantes por el triunfo de su dialéctica, les preguntaba de nuevo: «¿Acaso piensan elegir a don Leonardo?». Los reunidos estallaron en una sonora carcajada al oír el nombre de Leonardo Argüello, que era ministro del Interior del mismo Somoza, un instrumento dócil en sus manos, huérfano de carácter y sin ningún prestigio político en el partido del presidente.

Durante todo el año de 1944 Somoza jugó la papeleta de la reelección, siempre con poco éxito, pues la oposición en el seno del Partido Liberal era muy fuerte. A veces tomaba muy a pecho las cosas. Un día se enfrentó a Carlos Pasos, su enemigo y correligionario más destacado, para decirle en son de desafío y con la sonrisa en los labios: «Te apuesto tres millones de córdobas a que me sucederé a mí mismo en la presidencia».

Otro enemigo de Somoza en su propio partido era Manuel Cordero Reyes, pariente suyo que había sido ministro de Relaciones Exteriores y que le arregló la entrevista con Roosevelt en 1939. (Cuando le dijeron a Roosevelt sus amigos que Somoza era un hijo de puta, Roosevelt contestó cínicamente: «Sí, ya lo sé; pero es nuestro hijo de puta»). Somoza envió a Cordero Reyes un emisario para advertirle que su actitud era peligrosa y que en Nicaragua «eran frecuentes los accidentes en que cualquier ciudadano perdía la vida en forma inesperada». Cordero Reyes replicó: «Dígale a Tacho que eso no vale nada, que el hombre tiene la vida en la pata de una mosca». Esto ocurrió después de una reunión entre los líderes opositoristas y Somoza, en la que se destacó Cordero Reyes con sus acusaciones. Ante los argumentos, Somoza acabó gritando: «¡Ustedes quieren que me co-



Nicaragua no estaría representada en la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, y lo que más le dolía a Somoza era la reacción adversa de Washington. (Mapa de Nicaragua).

man los perros! ¡Necesito mantenerme en el poder! ¡Tengo muchos enemigos! ¡Debo defender a mi familia, mi vida y mis intereses!»

Somoza tenía espías entre sus enemigos políticos y en cierta ocasión envió a Carlos Pasos este recado verbal: «Dile a Carlos que si insiste en leer en la convención el discurso que ya conozco, y que fue leído anoche dos veces en casa de Castro Wassamer (otro líder de la oposición interna), no se olvide de ir armado, porque nos vamos a matar, a pesar del aprecio que le tengo. Yo no me dejo botar con discursos». Somoza pensó mejor su amenaza, y en lugar de matarse con Carlos Pasos decidió meterlo en la cárcel, impidiendo de este modo que asistiera a la convención. Por su parte, Cordero Reyes no se arredró y acudió a la reunión liberal. Algunas semanas después apareció muerto, repentinamente, en su casa. En torno a este hecho circularon por Managua historias en la que Somoza jugaba importante papel.

En 1945, por fin, la oposición liberal logró arrancarle la promesa de no reelección, pero todavía volvió a hacer declaraciones en el mismo sentido. «Si me eligen presidente —comentó— abandonaré el poder después de terminar las obras de la carretera del litoral atlántico». En 1946, cuando estuvo en Nueva Orleans para curarse de unas fiebres palúdicas; insistió: «No puedo evitar la política. Después de todo, soy el jefe del Partido Liberal y tendré que aconsejar a mi sucesor».

Cuando por fin se reunió la convención del partido (1946) —controlada totalmente por Somoza— para elegir el candidato oficial, el presidente puso todo el peso de su influencia en el nombre de Leonardo Argüello, el pacífico ministro del Interior, al que se había referido con sorna y desprecio tres años antes. Delante de los reunidos, Somoza quiso hacerle sentir al candidato, una vez más, la razón por la que había sido elegido, y dijo: «*Los 102 delegados que asisten a esta convención me habían designado a mí candidato por unanimidad, pero una vez más he rechazado tal nombramiento*».

Desde el primer momento se consideró asegurado el triunfo de Argüello. El 1.º de mayo se celebró la toma de posesión y sucedió algo extraordinario que hizo tambalearse al dictador bajo el pesado fardo de sus condecoraciones. Argüello, el colaborador inefable de tantos años, que le había servido fielmente en tres ministerios, declaró enérgicamente en su discurso inaugural, subrayando cada palabra con su aguda barbita de chivo: «*Pueden estar seguros de que no seré una simple figura decorativa*».

No obstante, Argüello comenzó a cumplir algunos de los compromisos personales adquiridos con Somoza. Puso al ex dictador al frente de la Guardia Nacional, a cuyo mando estuvo Somoza desde 1933. Pero al mismo tiempo trató de disminuir su dominio con medidas que fortalecían la función presidencial. Destituyó al jefe de la policía de Managua y revocó nombramientos hechos por su antecesor antes del traspaso de poderes.

Aquel cambio tan radical en el carácter del antiguo ministro de Somoza acrecentó su popularidad en los 26 días que duró su estancia en el Palacio Presidencial. Se presentaba en los lugares públicos sin escolta alguna y el pueblo lo rodeaba aplaudiendo. Estas muestras de simpatía dieron tal fuerza a don Leonardo que éste dio un nuevo y peligroso paso: ordenó el traslado de Luis Somoza Debayle, uno de los comandantes de la Guardia Nacional e hijo del dictador, a un puesto de inferior categoría, en el departamento de León. (El padre estaba orgulloso de Luis y años antes le dijo que tenía que aprender a ganarse la vida «*con sus propias manos*», para pagar los estudios. Y lo nombró inspector general de consulados. Posteriormente lo hizo agregado militar en Washington, y, por último, le ordenó regresar a Managua, para ascenderlo a comandante y colocarlo, a los 26 años de edad, en las filas de la Guardia Nacional).

El 26 de marzo Somoza sacó las fuerzas a la calle y en unas horas, sin disparar un tiro, se hizo dueño de la situación. Argüello se refugió

en la Embajada de México, y el Congreso, reunido por orden de Anastasio Somoza, declaró a Argüello «*incapacitado para ejercer el cargo*», nombrando para sustituirlo a Benjamín Lacayo Sacasa, rico ganadero de 60 años de edad y pariente de doña Salvadorita Debayle, esposa del hombre fuerte. Este entró a formar parte del gabinete como ministro de la Guerra, Marina y Aviación.

Las repúblicas americanas no reconocieron a aquel Gobierno. Nicaragua no estaría representada en la Conferencia de Cancilleres de Río de Janeiro, y lo que más le dolía a Somoza era la reacción adversa de Washington. Confía en su habilidad para manejar situaciones difíciles, aunque había perdido a algunos de sus más eficaces colaboradores en aquel levantamiento incruento que lo colocaba una vez más en el poder. La actitud en el exterior hizo nacer las esperanzas de los nicaragüenses, cansados de liberales y de los conservadores, que se habían alternado en el poder en lo que iba de siglo.

Era frecuente escuchar las mismas palabras en los labios del pueblo: «*Dennos unas pistolas y un líder, y la próxima madrugada haremos la revolución*». Pero las únicas armas estaban en manos de la Guardia Nacional y no había otros líderes que los que utilizaban Somoza y Chamorro, dos cosas considerables malas, pero que a veces ni siquiera tenían la alternativa de poder escoger.

En el año de 1944, época en que Somoza mantenía con más firmeza las riendas del poder, tenía en la administración gran cantidad de parientes, entre los que destacaban los siguientes:

Julio Somoza, hermano, jefe militar del departamento de Carazo; **José Dolores García**, primo,



Anastasio Somoza Debayle, «Tachito II». Actual dictador de Nicaragua.

director general de Comunicaciones; **José Somoza**, hijo natural, teniente del Ejército, donde tenía, además, cuatro sobrinos; **Luis Somoza Debayle**, hijo attaché, militar en la misma Embajada; **J. Ramón Sevilla**, consuegro, ministro de Hacienda; **Guillermo Sevilla Sacasa**, yerno, embajador en Washington; **Alberto Sevilla Sacasa**, hermano del anterior, secretario de la Embajada en Washington; **Lidia Sevilla Sacasa**, hermana de los dos últimos y empleada en la Embajada; **Oscar Sevilla Sacasa**, hermano de los anteriores, jefe de protocolo; **Luis Rivas Oftalmí**, esposo de Lidia, en la Comisión del Centro de Precios; **J. Somoza**, sobrino, director de la Compañía de Aguas de León; **Arturo Somoza Medina**, primo, alto funcionario de los Ferrocarriles Nacionales; **Luis Manuel Debayle**, cuñado, ministro de Higiene, director general de Sanidad y coronel del Ejército; **Luis Manuel Debayle**, hijo del anterior, capitán del Ejército; **León Debayle**, miembro de la directiva del

Banco Nacional y consejero de la Presidencia; **Roberto Debayle**, cuñado, jefe político del departamento de León; **Henry Debayle**, cuñado, médico de la Presidencia; **Noel Ernesto Pallais**, esposo de **Margarita Debayle**, cuñada, abogado de los Ferrocarriles Nacionales; **Narciso Lacayo Pallais**, casado con **María Debayle**, cuñada, abogado general del Banco Nacional; **Edmón Pallais**, sobrino, jefe de zona militar; **Armando Pallais**, ministro en Panamá; **Francisco Aguirre**, sobrino, teniente del Ejército y jefe de Defensa Nacional; **Emiliano Tercero Debayle**, contratista de obras del Gobierno; **Rafael Sacasa**, tío, gerente del Banco Hipotecario; **Antonio Sacasa**, de la directiva del Banco Nacional; **Crisanto Sacasa**, tío, senador de la República; **Amalia Somoza**, hermana, agente de compras del Gobierno; **Francisco Rodríguez Somoza**, sobrino, alto funcionario de la Compañía de Aguas, y **Rodríguez Somoza**, hermano del anterior, teniente del Ejército. ■ O. G.



Era frecuente escuchar las mismas palabras en los labios del pueblo: «Dennos unas pistolas y un líder y la próxima madrugada haremos la revolución». (guerrilleros Sandinistas de Estelí, haciendo frente a la Guardia Nacional somozista).